

4 252

EL CONCILIADOR,

O REFLEXIONES

SOBRE LA CONVERSACION

ENTRE UN FORASTERO

Y UN VECINO

DE LA ISLA DE LEON,

DIRIGIDAS

AL AUTOR

DE LAS OBSERVACIONES CRITICAS

ACERCA DE LA MISMA.



CADIZ:

En la Imprenta de la Viuda de Comés: año de 1811

EL CONCILIADOR



REFLEXIONES

CONVERSACION

ENTRE UN TORALERO

Y UN VERDINO

DE LA ISLA DE LYON

BRIGIENS

A. L. A. L. A. L.

DE LAS OBSERVACIONES CRITICAS

ACERCA DE LA MISMA

CADIZ

En la Imprenta de la Viña de Comas: año de 1811

ADVERTENCIA.

Nunca los escritores públicos deben atender con mas esmero á la dignidad en sus palabras, y á la moderaeion en sus argumentos, que quando se controvierten aquellos puntos que por su naturaleza é interés tienen una íntima conexi3n con el bien estar de los pueblos. En tales casos el objeto debe ser la investigacion de la verdad, y el triunfo de la justicia; de otra manera es abrir el campo á las facciones, y substituir la rabia del espíritu de partido á los avisos de la prudencia y de la reflexi3n: es decir, que en vez de procurar la consolidacion de la felicidad pública, se fomenta la anarquía, y tal vez se precipita la completa disolucion del Estado.

No por esto quiero decir que se descuide la investigacion de las sublimes verdades en que estriva la formacion de un buen sistema de derecho público: no. Pero deseo, sin embargo, que en tanto que se respeten los principios adoptados y solemnemente promulgados, procedamos consecuentes, y con arreglo á ellos. La nacion representada en Cortes ha jurado la conservacion del régimen monárquico: este es el voto nacional, voto sumamente acertado, ya se consulten los estímulos de la lealtad española, ya se consideren los intereses de esta inmensa monarquía en política y en razon. Por mas que el amor á la innovacion quiera desmentir las preciosidades que encierran nuestros antiguos códigos, y la sabiduría de nuestras primitivas leyes, jamas los pensadores y sensatos podrán descoñocer su mérito: y en buen hora que se dé uniformidad á nuestro derecho público, y que se reformen algunos vicios de nuestra legislacion; pero no se quiera decir que no contienen los luminosos principios en que se fundá la estabilidad de los grandes imperios. Quince siglos nos

han regido esas leyes; y en esos quince siglos con ellas fueron lanzados los moros á sus arenas de Africa, se apagaron los incendios de la anarquía y de la guerra civil, se formó esta opulenta monarquía, se reunieron Aragon y Castilla, y se consolidó por fin la potencia formidable, que en tiempos de Fernando el Católico, Carlos V, y Felipe II presentó el mayor poderío que se conoce en los anales de la historia moderna.

Corrijanse pues aquellos abusos que en el transcurso de los tiempos, y á merced de los caprichos de la arbitrariedad, se han introducido en algunos ramos de la pública administracion: mas no se ataquen aquellas leyes fundamentales justamente veneradas, cuya infraccion puede engendrar los mas funestos acontecimientos. Si, fieles observadores de ellas, las aprovechamos para afirmar la seguridad del Estado y del trono; entonces, en el centro del poder, y al abrigo de la anarquía, podrá la nacion completar las grandes reformas que exigen su futura prosperidad, sus sacrificios y sus virtudes. Los pueblos ganan de fijo en las reformas; pero lo aventuran todo en las revoluciones: estas son hijas de la agitacion de las pasiones, y aquellas de la razon y de la prudencia. Los españoles deben exáminar atentamente el influxo que ha tenido en su engrandecimiento la rígida observancia de esas leyes fundamentales. Y si ellas en efecto han proporcionado su grandeza, y sus ventajas políticas, ¿será acertado abandonarlas con menosprecio é inconsideracion, quando mas las necesitan? De esta quuestion brotarian tantas reflexiones, que solo con ellas ocupariamos muchas páginas; lo qual no podemos hacer por ahora. Bástenos decir que el cautiverio en que gimen nuestro Rey y nuestros Príncipes; y la horfandad en que su ausencia tiene á la España, han sido motivo de profundas meditaciones

para los buenos pensadores. Han conocido nuestra situación, lo que conviene á nuestros intereses, los riesgos que nos amenazan, y el único medio de precaverlos, aprovechando el entusiasmo nacional, y cerrando la puerta á los extravíos populares; los que comunmente degeneran en tiranía militar, ó en anarquía desordenada, que siempre conduce á la esclavitud. Así unos aconsejan á la nación que recurra al Príncipe heredero de las dos Sicilias para que supla la triste ausencia de su amado Fernando VII; otros, aunque le conceden su aptitud, dicen que, según la situación de la patria, solo debe atender en el día á buscar un aliado próximo, que pueda auxiliarnos en ambos continentes: que la Infanta del Brasil, además de sus derechos, es poderosa por su augusto esposo en ambos mundos; que es íntima aliada de la generosa Inglaterra, y que unidas las tres naciones harían temblar al usurpador.

En favor de la Infanta se ha dado un papel intitulado *Conversacion &c*; y contra este, y á favor del Príncipe heredero de las dos Sicilias se ha publicado otro con el título de *Observaciones críticas &c*.

Ambos papeles tienen mérito, y la nación debe agradecer el buen zelo de sus autores, cuyo objeto es libertar la patria, y conservar en ella la dinastía de Borbon, aun quando los medios que solicitan para ello sean diferentes. Yo deseo investigar la verdad y lo mas conveniente, lleno del mas efectivo interes hácia la causa pública, y revestido de la mas severa imparcialidad.

Hecha pues esta necesaria salva, y supuesto que no soy ni el extranjero, ni el vecino de la Isla de Leon, dirigiré la palabra al autor de las *Observaciones*, á ver si puedo hacer el papel de verdadero

CON

CONCILIADOR.

Confieso, Sr. Observador, que quando lei en sus observaciones críticas "que en ninguno de nuestros códigos antiguos y modernos se encuentra la ley de la regularidad que supone el autor del dialogo; que para dos ó tres casos que en tanto número de siglos, y tanta variedad de dinastías, hayan heredado en España los cognados, hay muchísimos, y los mas, en que se ha observado la agnacion rigorosa (pág. 9); que esta ley es de costumbre en España casi invariable (pág. 12); que en Europa forma la base de la mayor parte de los tratados; que la agnacion se ha introducido generalmente para evitar los funestos efectos de la agnacion (nota 7, pág. 20); que en el sistema continental era, y es perniciosa;" y en fin que todo esto, y mucho mas, V. lo sabe, y á Vm. le consta, queriendo por lo mismo, y por pura caridad, desengañar al público de tantos errores: confieso, repito, que me indigné contra el autor del dialogo, y alabé la moderacion de V., y su cristiana mansedumbre en contentarse con llamarle "alucinador de los crédulos; (pág. 8) hipócrita, que toma el nombre de Dios para captarse la benevolencia; (pág. 9) panegirista del femenino gobierno; (pág. 11) miserable lógico; hombre que adopta quanto le sirve para sus argumentos; (pág. 12) que á cada paso se contradice, y que sus recursos son abominables hijos de la intriga y de la sin razon." Me ratifico en que esto y mucho mas merece el tal autor, especialmente en unas circunstancias como las actuales, en que tanto conviene que á la nacion española se la instruya con verdad y con justicia de su legislacion y de sus antiguas costumbres, de sus derechos y los de sus Reyes, de su honesta libertad, del riesgo inminente de su esclavitud, y de los auxilios mas rápidos y eficaces, que puede y debe buscar para libertarse de ella.

Esto sí que era propio de las condecoraciones que adornan al autor, de sus canas, de su elevado carácter, y de

su dilatada carrera en la magistratura. Con razon se dice por esas calles, que el orgullo científico y el aparato escolástico han hecho de nuestra jurisprudencia una gerigonza, en donde todo se aprende, menos los principios de la justicia, y que así los jueces ignoran la aplicacion de las leyes, asesinando á la inocencia, y haciendo triunfar la malicia.

¿Es posible (decia yo en mi soledad) que un sugeto de tan alto carácter engañe al comun de las gentes en materia tan importante, y en tiempos tan turbulentos? ¿Las leyes (dice) á favor de las hembras, en su caso, hacen parte de las fundamentales de nuestra monarquía! ¿y ninguna se encuentra en nuestros códigos, según el Crítico Observador! (página 16.) ¿Puede inventarse mas enorme superchería, ni mas absurdas hipótesis? ¿esto sí que es abusar de su carácter! Un sugeto que ha llegado por sus grados al culmen de la toga; que desde su juventud hasta su venerable ancianidad se ha empleado en los diferentes tribunales del Rey; que ha sido gefe de todos; cuya erudicion, extension de noticias, é integridad han sido respetadas y aplaudidas; ¿podrá haberme engañado, y á la sociedad en que vive, y que con tan pródiga liberalidad ha premiado sus estudios? ¿qué haré en este conflicto? No tengo de quien fiarme, ni á quien descubrir mi ignorancia: soi lego; y de todo el tiempo que mal gasté en mis mejores años, como me retiré al cuidado de mi casa, solo he conservado en mi memoria los nombres de nuestros códigos patrios, y muy poco de la historia de la legislación. No hay arbitrio: los pediré á mi letrado, y resuelvo desengañarme por mí. Todos ellos están en castellano: ¿á qué se reduce? á retirarme de mis lícitas recreaciones por algunos dias, y con ello consigo no solo aquietarme, y salir de mi suspension, sin fiarme de otro, sino instruirme en la utilidad y justicia de tantos papeles, reformas, planes y proyectos militares y políticos como en el día se dan á luz, que jamas he oido, y yo no los entiendo por carecer de las correspondientes nociones. Para que no se me olviden, y no repetir el trabajo, haré las convenientes apuntes por escrito; y con efecto estas que siguen son el pequeño fruto (solo para mí) de mi resolucion y retiro.

Para no incidir en equivocaciones, y preferir los códigos principales con que la nacion se gobierna, recurri á la ley y pragmática hecha en Cortes en 14 de Marzo de 1556 (la qual es principio á la primera impresion de la *Recopilación*)

en que se declara la autoridad de las leyes que contiene.

Recomienda justamente las del *Fuero Juzgo*, como origen de todas, y las de las *Partidas* en la parte que no se deroguen por otras posteriores. Las leyes de Eurico, Leovigildo, y sus sucesores en el trono de los Godos, sirvieron de guia fiel á la monarquía de España hasta el Santo Rey Fernando, quien tuvo á bien se traduxesen en Castellano para su mejor inteligencia. Es verdad que á principios del siglo xi se promulgaron por el Conde de Castilla D. Sancho Garcia, el Código intitulado *Fuero Viejo*; por el Santo Rey su sobrino, y por otros Reyes, ininidad de fueros de poblacion; pero no es fácil se cite una ley en todos ellos en que se derogue el *Fuero Juzgo*; antes bien los Reyes le dieron por especial gracia á diferentes Provincias; segun las iban conquistando de los moros, como lo executó D. Alonso VI con Toledo, y á su exemplo el Santo Rey D. Fernando con Cordoba, y otras Villas y Pueblos de los Reynos de las Andalucias, pobladas á fuero de Toledo. Hoy es el dia en que se venera este discreto Código, como fundamento y primera piedra de nuestra gloriosa Monarquía. Una sola mano empezó á gobernarla, y una sola sin interrupcion ha continuado en los 16 siglos, poco mas ó menos, que cuenta de antigüedad. En la primera época hasta D. Pelayo, y mucho despues, no se conocieron legalmente las Dinastías, porque la Corona era electiva, por consiguiente las leyes de sucesion, por agnacion ó cognacion, eran inútiles, y solo se reducen al modo, y por quienes debía elegirse Rey en caso de vacante. Sin embargo, es digno de observarse que casi no hubo exemplar desde Ataulfo, en que saliese la eleccion de la familia reynante, como puede notarse en el dilatado Catálogo de los Reyes de España: ¡Observacion que jamas debe olvidar nuestra Nacion, y mucho ménos á la vista de un usurpador desvergonzado!

La eleccion era libre, y nadie tenía derecho á reclamar la Corona, antes bien se prohibió en las leyes 2, 5, 8, y 10 del *Exórdio* que ninguno presumiera ser Rey, si no fuese antes legítimamente elegido por los Prelados, Proceres y Pueblo, representado por quien correspondía, segun tambien consta de las actas del quinto Concilio de Toledo. Todo quanto pueden prevenir el buen juicio y una sabia experiencia para evitar parcialidades, infidencias y disturbios, se encuentra en este famoso *Exórdio* que antecede al *Fuero*, pe-

ro para nuestro asunto se debe reparar en que siendo tan número y exacto en prevenir las cualidades que debían concurrir en los electores y electo, no hay ley que excluya ni agravia á las hembras, ni á sus descendientes y cognados; antes bien vemos elegidos á muchos de estos sin contradicción, como se dirá en su lugar mas oportunamente. Aunque sin derecho á la Corona, jamás se les negó la capacidad de poder ser elegidos, y ascender á ellas con mucha mas proporción que los que carecían de la Real sangre Goda de varón ó de hembra. Por esta razon se les miraba, y tambien á las Viudas, con indecible honor y alto respeto, como se puede ver en las leyes 14, 15, 16 y 17 del mismo *Exordio*, de que hace mencion el 6.º Concilio Toledano, aunque, por una consecuencia del Gobierno electivo, las Reynas Viudas no tenían parte en él, y debían retirarse á hacer vida Religiosa. Esta política de los Godos prosiguió algunos siglos despues de la eleccion de D. Pelayo: y aunque discordan los historiadores y Cronicones en quanto á su duracion, lo que no es de nuestro asunto; no se duda que en el año 974 se celebraron Cortes generales en Leon para deliberar quien habia de succeder en la Corona á D. Sancho el Gordo, si su hijo el niño D. Ramiro, ó su tia Doña Elvira. El erudito autor de las observaciones á la historia general de España por el Padre Mariana establece con motivo de este documentto la proposicion siguiente: (tomo 5.º, § 1.º, pág. 355, Edicion de Valencia de 1789) » Que toda la Nacion declaró solemnemente, que tanto el niño D. Ramiro, como su tia y tutora Doña Elvira, eran herederos de los Reyes anteriores, de modo que por general consentimiento y declaracion de la Nacion se aprobó no sólo el derecho hereditario de los hijos varones al Reyno paterno, sino tambien el de las hembras. » Este hecho prueba con evidencia lo que acaba de decirse; á saber que por el *Fuero de los Jueces* (que regla) no tenían incapacidad las hembras ni los cognados para ser elegidos, y mucho ménos siendo de la Real familia Goda.

Muerto D. Alonso VI sin sucesion varonil, los Castellanos se dividieron en sus opiniones sobre si habia de reynar la Infanta Doña Urraca, ó el año Alfonso Ramon su hijo: los votos de la Nacion los reunió en mayor número la Infanta: mas la aconsejaron se casase, como lo executó con el Rey de Aragon; pero divorciada, cedió sus derechos en su hijo, aunque siempre tuvo parte en el Gobierno. D. Fer-

nando el Magno, á quien por orden de sucesion correspondia el Condado de Castilla por su madre Doña Mayor, y el Reyno de Leon por su muger Doña Sancha, hermana del Rey D. Bermudo de Leon, fué elegido por la Nacion, proviniendo ambos derechos por hembra; siendo uno de ellos, si no idéntico, muy análogo al que correspondió á Felipe V para ocupar el Reyno de España con elogio de la mayor parte de la Nacion. (Esp. Sagr., tomo 14, n. 10, y tomo 16 Ap. 17.) Por estos medios se fué radicando por costumbre y necesidad, desde esta época, la sucesion hereditaria; la qual pasó despues á ley fundamental del Reyno, desengañada y causada la Nacion de las parcialidades, bandos, asesinatos y desgracias, que con frecuencia se suscitaban y mantenían por esta aparente Regalia, siempre á costa del Pueblo, que por sostenerla sufría sin utilidad alguna los principales efectos de estos choques, sin que bastasen las leyes y sus discretas precauciones á evitarlos.

En el año de 1058 el mismo D. Fernando I juntó Cortes ó Concilio en Leon, para resolver varios importantes asuntos militares, políticos y eclesiásticos; y entre ellos les manifestó su intencion de dividir los Reynos entre sus tres hijos, dexando á cada uno lo que le pareciese por juro de heredad y patrimonio hereditario, fundandolo en lo que se ha insinuado, y en las virtudes de su Predecesor, y deseo de restablecer la armonía entre los miembros del Estado. Desde esta época todos convienen en que por ley fundamental quedó establecida la sucesion hereditaria del Reyno en la forma regular, segun se ha observado, *sin variacion* hasta Felipe V.

De estos hechos históricos, que nadie niega, se infiere que desde el siglo 11, á lo ménos, se ha sucedido en los Reynos de Leon y Castilla por el derecho de las hembras; y si no fuera por alargar estas apuntaciones, podría demostrar que la union de estos Reynos á los de Leon y Castilla ha sido por el mismo derecho. Luego no es tan cierto lo que afirma el Sr. Observador crítico (pág. 12) que la ley de la agnacion rigorosa (y en su defecto la artificiosa) es de costumbre en España *casi invariable*: luego, aunque en su caso se admitiesen á reynar en España á la Infanta Doña Carlota Joaquina, y á sus descendientes, *ningun trastorno universal, ni particular habria*, (pág. 10.) por ser muy conforme á su antigua constitucion y costumbres.

Abolida, pues, la elección, como perniciosa y expuesta á inquietudes, según se ha dicho, no puede creerse que la nación incudiese en otro escollo mucho más arriesgado y temible. La agnación en todo su rigor es odiosa por sí, y opuesta á los derechos de sangre y de naturaleza; así es que si no se establece con palabras conexas, claras y terminantes, no es admitida en justicia; y si el testador se explica con generalidad en el orden de suceder en sus bienes, aunque manifieste el deseo de la conservación de sus armas y apellidos, no se entienden excluidas las mugeres ni sus descendientes. A todo esto se añade, que semejantes sucesiones, que se llaman *Salutarias*, es preciso que traslincen con facilidad y frecuencia: lo que es expuesto á pleitos, dudas y alteraciones, como acredita la experiencia en la multitud de tales litigios, lentos y pesados, que ocupan á los Jueces y Tribunales en mucho más número que los demás, siendo los menos por su singularidad.

Me parece que el Sr. Observador no quedará enteramente satisfecho con el silencio del *Fuero Juzgo*, y que apetecería mayor claridad en materia tan importante, sin embargo de los exemplares, que, entre otros muchos, he referido. Efectivamente es un argumento negativo el que se deduce de este primer Código Español escrito; pero como habla también el mismo Señor de la costumbre en el orden de suceder, veamos si hay algún caso que nos explique con toda evidencia lo que calló este fuero. Poca molestia he tenido en encontrarlo, porque la cronología Goda de la segunda época desde D. Pelayo, año de 738, nos ofrece uno (sin ser el primero) muy específico que nos demuestra no haber sido jamás excluidas las hembras de la Corona Goda. Para mayor fé copiaré á la letra lo que refiere *Julian del Castillo* en su rara y acreditada historia de los Reyes Godos, impresa en Madrid, año de 1634. Dice así:

”Muerto el Rey D. Favila, mozo y sin hijos, juntos los Estados, Prelados y grandes del Reyno, alzaron y hubieron por su Rey de Godos y España á D. Alonso, hijo de D. Pedro, Duque de Cantabria, casado con Ormisinda, hermana del Rey D. Favila, hija del Rey D. Pelayo; que hallaron le pertenecía el Reyno á Ormisinda por haber sucedido otra vez en hembra, hija del Rey Ervigio: : (Libro 3.º Disc. 3, pag. 138.)”

El mismo *Julian del Castillo* dice en la página 109, ca-

pít. 1.º, lo que sigue: "Egica Rey de los Godos y España, casado con hija de Ervigio, á quien ella sucedió (año de 637, y fué la primera vez que sucedió hembra en los reinos de Godos y España) fué perverso." A mas de la Reina Doña Sancha, como arriba se ha dicho, heredaron estos reinos Doña Urraca, hija única legítima de D. Alonso VI, á principios del siglo 11. En 1207 entró á reinar Doña Berenguela, hermana mayor del Rey D. Enrique I, que murió desgraciadamente sin sucesion. En 1475, por muerte de D. Enrique IV, entró á reinar su hermana Doña Isabel, casada con D. Fernando de Aragon, distinguidos con el honroso título de Católicos; y por muerte de ambos sin sucesion varonil fué jurada su hija Doña Juana, casada con Felipe I Archiduque de Austria, hijo del Emperador Maximiliano. Así es, que en la sucesion de España hemos tenido Reinas muy dignas, como es notorio; y que las Cortes han elegido á otras, y preferido para gobernar como tutoras en las menores edades; en lo que es ocioso detenernos.

Luego, segun este orden de suceder, desde los primeros Reyes Godos y de España el derecho eventual de las hembras á esta corona (quando en el año de 1713 quiso quitárselo Felipe V) contaba de antigüedad, sin interrupcion, en nuestra monarquía 1026 años: luego algun fundamento, Sr. Observador, (pág. 7, al fin en la introduccion) asiste á nuestra Infanta Carlota para solicitar que con S. A. R. no haga el reino de su augusto hermano el primer exemplar. ¿Quién con estos hechos podrá decirse que quiere alucinar á los crédulos, y á los que no reflexionan? (Observador pág. 8 al fin.) ¿Cómo podrá asegurarse con tanta valentía, que de la historia y tradicion no se sacará otro testimonio? ¿que para tres ó quatro casos, en que hayan heredado esta corona los cognados á falta de agnados, hay muchos mas en que se haya preferido á estos de las líneas colaterales? (pág. 9.) Aun quando así fuese, nada probaria; porque basta un solo exemplar, consentido y autorizado, como los referidos á favor de la cognacion, para que la odiosa agnacion prevarique y se extinga. (Nota 8 pág. 20.) Tengamos mas caridad, Sr. Observador, y quando V. no quiera dar á la Infanta la menor esperanza ni derecho á la corona, no diga V. contra el pobre autor del dialogo (que á nadie ofende) que su opinion (que acaso será la de muchos) es el colmo de la ignorancia ó de la mala fe: y que aunque en el tal dialogo hay hipótesis

absurdas, pocas hay que iguallen á esta. ¿ Juzga V. que estos baldones corroboran y dan mas fuerza á sus observaciones? Pues sucede todo lo contrario: quitan su mérito, y son un exceso de la libertad de la Imprenta. Perdone V. esta distraccion, y prosigamos.

No se contenta V. con pretender excluir de la su cesion Real de España á las hembras y á sus descendientes, contra unos hechos tan específicos, y contra el consentimiento de la nacion antigua y moderna, desde el remoto origen de su monarquía, hasta las presentes Cortes; sino que V. añade, *que la ley agnaticia forma la base en toda la Europa de la mayor parte de los tratados, y del sistema continental.* (pág. 12) Habría sido muy oportuno el que V. hubiese citado estos tratados, porque no los tengo á mano, y es muy difícil entre tantos encontrarlos en esta ciudad, y saber los que sean. Pero no dudando que los haya, porque V. lo asegura; permítaseme decir, sin perjuicio de ellos, que, á pesar suyo y de sus gobiernos, veo que en el Imperio de Rusia sucedió al Czar Pedro I (á quien solo se llamaba el Grande, y puede llamarsele fundador) en 1727 Catalina I: en 1730 subió al trono Ana de Ywan, hermana de Pedro el Grande: en 1762 sucedió á su esposo Catalina II, celebrada por su política y manejo. En el Imperio de Austria hemos conocido á la piadosa y prudente Maria Teresa, cuya memoria, si la hubiera conservado su nieto, no habria prostituido á su hija á un baxo usurpador. En Saxonia es hembra la inmediata sucesora. En Portugal reina en el dia otra, y con mucho aplauso, mientras se lo ha permitido la salud. Acaso los tratados que se suponen, no pertenecerán á estos gobiernos; y yo no puedo por ahora citar otros exemplares, porque carezco de libros y documentos.

Presumo que al oir esta serie de confirmaciones á favor de las hembras, dentro y fuera de nuestra España, puede V. pretender evadirse de todas ellas, diciendome que, sin embargo de quanto he dicho, no se ha falsificado hasta aquí su principal proposicion, reducida á que los derechos de la Infanta Doña Carlota á la sucesion eventual de la corona de España, *carecen de apoyo y de fundamento; y que en ningún código Español, antiguo ni moderno, se encuentra semejante ley, siendo una suposicion gratuita asegurar que hay ley fundamental de esta naturaleza.* (pág. 9.)

En quanto á carecer de apoyo y fundamento el derecho

de la Sra. Infanta, nada tengo que añadir á lo dicho, y el imparcial lector lo juzgará. En quanto á lo segundo, de que no hay ley en nuestros códigos, tiene V. todavía razon, pues hasta ahora no se ha probado que la haya; pero confío en que la hemos de encontrar.

Despues del *Fuero de los Jueces* merecen el primer lugar por su antigüedad y sabiduría las siete *Partidas* (Pragmática de 1581): obra completa y digna del mayor aprecio, especialmente si de ella se separasen algunas opiniones ultramontanas de que abunda la primera, y en las demas se corrigiesen otras pocas leyes que el tiempo ha hecho caducar. El Santo Rey la meditó, y su sabio hijo la verificó: que es quanto puede decirse en elogio suyo, y p. r. a veneracion nuestra. Nada hay mas perfecto, en mi débil juicio, que la exácta descripción que hace de las obligaciones de los Reyes para con su Pueblo, de su poder y de sus regalías, y de las obligaciones del Pueblo para con los Reyes y su Real familia: creo que acertariamos en que nos sirviese de norma. Sirvase Vd., Señor Observador, oir con paciencia la ley 2. tit. 15, partida 2, que dice así:

„ Mayoría en nacer primero es muy grande señal de amor que muestra Dios á los hijos de los Reyes, aquellos que él la dá entre los otros sus hermanos que nacen despues dél. Ca á aquel á quien esta honra quiere facer, bien dá á entender que lo adelanta, é lo pone sobre los otros, porque le deben obedecer é guardar así como á Padre, é á Señor::: Otrosí, segun antigua costumbre, como quier que los Padres comunalmente habían piedad de los otros fijos, non quisieron que el mayor lo obiese todo; mas que cada uno de ellos oviese su parte. Pero con todo eso, los omes sabios é entendidos catando el procumunal de todos, é conociendo que esta particion non se podría facer en los Reynos que destruidos non fuesen, segun que nuestro Señor Jesucristo dixo que todo Reyno partido sería estragado; tovieron por derecho que el Señorío del Reyno non lo obiese sinon el hjo mayor despues de la muerte de su Padre. E esto usaron siempre en todas las tierras del mundo, do quier que el Señorío ovieron por linage, mayormente en España; é por escusar muchos amales que acaecieron é podrian aun ser fechos, pusieron que el Señorío del Reyno heredasen siempre aquellos que viniesen por la línea derecha. E por ende establecieron que si fijo Varon. y non obiese, la fija

mayor heredase el Reyno. E aun mandaron, que si el fijo mayor muriese antes que heredase, si dexase fijo ó fija que obiese de su muger legitima, que *aquel ó aquella* lo oviese, é non otro ninguno. Pero si todos estos fallecieren, debe heredar el Reyno el mas propinco pariente, que oviese, seyendo óme para ello, non habiendo fecho cosa porque lo debiese perder. Onde todas estas cosas es el Pueblo tenudo de lo guardar, ca de otra guisa non podría ser el Rey cumplidamente guardado si ellos así non guardasen el Reyno; é por ende, qualquier que contra esto ficiese, *facia traicion conocida*, é debe haber tal pena como de suso es dicha, de aquellos que desconocen señorio al Rey.^{ca} Es digna de verse la gloria de Gregorio Lopez á todas las partes que contiene esta Ley.

Segun la incontrastable autoridad de este antiguo Código, y la claridad repetida con que se explica el Sabio Rey, no se puede dudar del modo con que se ha sucedido y debe sucederse en estos Reynos, por costumbre desde su origen, y por derecho escrito fundamental posteriormente. Ella misma corrobora la legalidad de los exemplares que hemos referido, y descubre el misterioso silencio que guardó en este punto el fuero de los Jueces, acaso por no dudarlo, segun se ha visto nada ménos que en una hija de D. Pelayo, qual era Ormisinda. Por consiguiente tampoco se conoció la otiosidad de la agnacion, porque admitidas las hembras á falta varones por linea derecha, solo se atendia, en defecto de ambos, á la mayor proximidad del Propinco, Agnado ó Cognado, como dice la misma ley. Aunque no hay necesidad de otra, no será impropio que copiemos *la nota del titulo primero* de la misma *segunda partida*, para demostrar, á quien lo dude, que las diferentes agregaciones de Reynos y provincias que engrandecen á España por linea fememina, son legítimas y legales, tan firmes como las que obtiene por agnacion, si hubiese alguna. Como *el Rey debe amar á Dios por la gran bondad que es en él*, dice el epígrafe de esta religiosa y política ley, tan fundamental en nuestra Monarquía como la anterior, y de necesaria observancia. Ella explica los medios legítimos con que debe ganarse el Reyno por derecho y llamarse Rey. Estas son sus palabras. » Verdaderamente es llamado Rey aquel que con derecho gana el Señorio del Reyno. E púedese ganar por derecho de estas maneras. La primera es quando por heredamiento hereda los Reynos el

fijo mayor, ó alguno de los otros que son mas propiños parientes á los Reyes al tiempo de su finamiento. La segunda es, quando lo gana por avenencia de todos los del Reyno, que lo escogieron por Señor no habiendo pariente que deba heredar el Señorío del Rey finado por derecho. La tercera razon es, por casamiento, é esto es, quando alguno casa con Duéña, que es heredera del Reyno; que maguer él non venga de linage de Reyes, puedese llamar Rey despues que fuere casado con ella, como sucedió á Egica, casado con hija de Hervigio, su única heredera, y á D. Alonso, casado con hija de D. Peláyo sin sucesion de Varon. . . . Por esia ley se corrobora otra vez el derecho de las hembras: porque si en su caso no pudiesen heredar el Reyno, como solicita nuestra Infanta, mal pudieran dar á sus esposos un derecho que no tienen, y tampoco transmitirlo á sus descendientes. Se infiere, en fin, que la ley escrita del Sabio Rey D. Alonso se arregló á la costumbre inmemorial, no escrita, que rigió hasta su tiempo, sin hacer novedad así en quanto á preferir las dinastías de los Reyes anteriores, como en quanto á no privar á las hembras del derecho eventual á la Corona.

¿ Podrá decirse á estas leyes, que cuentan sin interrupcion la misma antigüedad que la Monarquía, que no son fundamentales? Nadie lo ha negado, porque sería tan prodigiosa su conservacion como el mayor milagro? ¿ Sería lícito atribuir la al despotismo de los Reyes, quando la Nacion congregada las dictó y las observó antes que tuviera leyes escritas? ¿ Se dirá que no se hicieron con el objeto de la sucesion de la Corona, quando su epígrafe lo manifiesta, sino con el espíritu de la conservacion de los Fueros y derechos Reales, abrogándose los Reyes el llamado derechos de soberanía de los Pueblos? ¿ Se podrán confirmar estos supuesto con algunas palabras sueltas del Fuero Real del título 3.º, Libro 1.º que V. cita, olvidándose de lo principal que contiene? Pues todo esto, y mucho mas, se dice, Señor Observador, en la nota, que despues de finalizar los folios de sus observaciones, cuelga V. en una hoja suelta, dislocada y tan separada, que qualquiera sospechará que despues de escribirlo, acabado y aun impreso su papel, le advirtió algun amigo su equivocacion en asegurar á la pág. 9 que no había Código antiguo ni moderno que admitiése á las hembras á la sucesion eventual del Reyno. Me parece que si Vm. hubiera visto el Fuero Real, en el lugar que cito, no hubiera sido

tan absoluta su proposicion contra las inocentes mugeres, que no le han agraviado; ó á lo menos hubiera V. colocado esta *Nota* en su propio lugar y folio (que es el 9, como V. advierte bellamente) para que el Lector pudiese entrar en la curiosidad de evacuar la cita, y verla en el texto original, ya que V. no alega otra que las del Fuero en su favor y beneficio. Es verdad que el *Especulo*, *Fuero Real* y *Partidas* se diferencian poco: pero no es facil concebir como hablando las *Partidas* de la succesion Real con tanta expresion; pueda V. con firmeza decir, *que el espíritu del Fuero Real solo fué el de la conservacion de los fueros y derechos Reales*. Sirvase V. leerlo con cuidado, y encontrará que en nada discrepa el *Fuero*, y que solo trata de fixar la succesion Real con identidad de palabras, sin la menor alteracion. Las cláusulas que V. omite confirman esta asercion; pero con mas particularidad las que V. ha elegido, y traslada en esta *nota* en apoyo suyo, que dicen así. » Luego que sepan (los Vasallos) el finamieniento del Rey, vengán á su hijo, ó á su hija, que reynare despues de él (esto es á su heredero) á obedecer á su Señor, y hacer su mandamiento” Hasta aquí las palabras del *Fuero*, aunque sin los dos parentesis que V. añade: y luego concluye V. con la advertencia siguiente: “Este despotismo ya está abolido en el presente tiempo”

Si V. Sr. Observador, habla en él de la Soberanía en las *Córtes*, declarada por las mismas, sin que V. nos lo advierta, están obedecidas y juradas por todas las corporaciones civiles y militares con uniforme tranquilidad. Si este despotismo lo atribuye V. á los Reyes que hasta aquí han reynado, no lo han dicho las *Córtes*, ni han juzgado necesario decirlo; lo primero porque en este despotismo y condescendencia consintieron las antiguas *Córtes*: y lo segundo, porque las circunstancias han variado, y las *Cortes* actuales generales y extraordinarias han creído preciso radicar en ellas la Soberanía, que nadie se la disputa para la mejor defensa de la Nacion y conservacion de sus derechos. Añada V. si quiere, á esta verdad, otra no ménos terminante; y es que no es esta la cuestión de que se trata, porque se reduce únicamente, á si hay algun Código Español antiguo ó moderno, que admita á las hembras á la succesion eventual del Reyno: mas claro, si la pretension de la Infanta, Princesa del Brasil, por medio de su Ministro, carece de apoyo ó fundamento? Luego si hasta aquí ha sido, ó no, despotismo

de los Reyes el constituirse Dueños de la Soberanía, no es necesario ni político cuestionarlo, ni advertirlo, quando no se contradice. Ya, pues, que hemos visto, que *por costumbre y por derecho escrito el mas antiguo*, se las da á las hembras entrada para reynar en su caso por línea derecha á falta de Varones, pasemos ahora á exáminar si en los Códigos modernos hay sobre esto alguna derogacion, ó si confrontan estos tambien con la costumbre y primitivas leyes Españolas, sin mezelnos en disputas que no nos pertenecen ni se promueven.

Oiga V. lo que dice la *Nueva Recopilacion* que nos rige, impresa en el año 1581 en la ley primera, título tercero: estas son sus palabras literales. „Como sobre todas las cosas del mundo, los hombres deben tener y guardar lealtad al Rey, así son tenudos de tener y guardar al *hijo ó hija que después de él debe reynar*: : y quando venga finamiento del Rey, todos guarden el Señorío y derechos del Rey, al *hijo ó hija que reynare en su lugar*: : y todos sus derechos vengán al *hijo ó hija*: : &c.

Lo mismo se repite en las impresiones posteriores hasta nuestros dias añadidas y corregidas, á saber, en las de los años 1592 y 1598; 1640; 1713, 1745, 1772, 75, y 77; cuyo texto se omitió porque en nada varia. A todas estas pueden añadirse las leyes del *Ordenamiento*, primera, título segundo, libro segundo; y las de *Toro*, y *Autos acordados*, que no discrepan: de modo que en los 16 siglos, poco mas ó menos, que cuenta nuestra Monarquía, jamas han sido excluidas las hembras de la sucesion eventual del Reyno, ni por costumbre, ni por derecho escrito; y en toda esta dilatada série legal (que no habrá Reyno que pueda alegar tan antigua ni tan uniforme) se funda nuestra Infanta. Reflexione el lector, si la interpretacion que se da en la Nota citada á la Ley única del Fuero Real, puede ser genuina, ni admitirse á vista de las leyes que la Nación ha observado en todos tiempos.

Aquí deberíamos levantar la pluma del papel, y no abusar de la bondad del público, dexando á su discrecion la decision que en justicia corresponda. Sin embargo el respetable público tendrá paciencia, y se dignará enterarse de lo que falta.

En la nota quarta pág. 19 repara el Sr. Observador crítico, „que en la Novísima Recopilacion, impresa en el año

de 1805, el fiel executor y Ministro Caballero no hubiera dexado de insertar la ley de Carlos IV, derogatoria de la sálica ó agnaticia de Felipe V, sancionada (aunque no publicada) en las Cortes de 1789, si se lo hubiese mandado; así como, por el contrario, permitió ó le mandó Carlos IV que se omitiesen en este cuerpo legal otras leyes: "de todo lo qual deduce el Observador "que Carlos IV no tuvo intencion de derogar la ley agnaticia, y que si la tuvo conoció la injusticia é ilegalidad de aquel acuerdo, y no quiso llevar á efecto su pensamiento."

Ni uno ni otro se deduce de estos antecedentes. La ley derogatoria de 1789 quedó perfecta y sancionada con la voluntad uniforme de la nacion y del Rey, que consta instrumentalmente por notoriedad y por testigos presenciales sin tacha, segun aparece de la solemne justificacion que el Consejo Supremo de España é Indias formó de Real orden, antes de dar su respetable dictámen. La sancion perfecciona la ley; y la publicacion impone su observancia. No hay tiempo prefixo para que se publique; y como no obliga sin hacerla saber, esto se executa quando conviene, sin perjuicio de su perfeccion, aunque se tarde. Por esta razon no se insertó, ni debió insertarse en la *Novísima Recopilacion* de 1805. No se insertó, ni convino insertarse, porque á las causas políticas que impidieron su publicacion, sobrevinieron otras muchas, mas graves, hijas de la oculta y dolosa maquinacion del tirano, á quien no convenia que se multiplicasen los legítimos acreedores á la corona, que ya ambicionaba. ¡Ojalá que esto no fuera tan cierto, como la pura luz que nos alumbró! ¿Por qué calla el Sr. Observador, que en el libro 3.º título 1.º ley 1 de la misma *Novísima Recopilacion* del año de 1805, ya que se omite (segun nota) la ley derogatoria de la agnacion de las Cortes de 89, se inserta la que arriba queda copiada; reducida á que, á falta de varones, herede la hembra por línea derecha, y á falta de uno y otro el propinco mas cercano? Un escritor de buena fe no debe pasar en silencio lo que á su opinion perjudique.

Es evidente la inexactitud de este novísimo código de nuestro actual siglo, segun oigo á los que deben entenderlo. Entre otros muchos defectos que le imputan, hay uno imperdonable. Omite dos leyes (que en todas las impresiones anteriores se insertan) á saber, la 1 y 2 del tit. 7.º lib. 6, en las que se ordena en la primera, "que en los casos ar-

duos, se valga el Rey del Consejo de sus súbditos y naturales, especialmente de los Procuradores de las ciudades, villas y lugares: "y en la otra, "que no pueda echar nuevos pechos ni tributos en todo el Reino, sin ser este llamado á Cortes, y otorgandolo sus Procuradores." Estas dos leyes constitucionales, propias de la libertad española, se excluyeron escandalosamente en esta última edición: ¿y diremos por esta razon, que no obligan, y que caducaron? Podrá decirse que ambas estaban con anterioridad publicadas, y que la exclusion, como maliciosa, no puede desvanecerlas. Así es: ¿pero la ley de la regularidad en la sucesion de la corona no está igualmente publicada, inserta en todos los codigos antiguos y modernos, sellada por la costumbre mas antigua, corroborada con hechos innegables, sin que se encuentre alguno en contrario, y en posesion las hembras de suceder en su lugar y caso? ¿Por qué pues quiere el Observador que á aquellas dos leyes no perjudique la exclusion, y sí á la derogatoria de la agnacion, sin embargo de ser originaria de nuestra monarquía?

La ley Sálica de Felipe V. es un feo borron para su digna memoria, y solo disculpable por haber sido un golpe atroz de despotismo contra la antigua y moderna legislacion de España, ordenado por Luis XIV; ya que no pudo hacer giros á nuestra Península, apropiandose la mejor parte de ella, como pensó la Francia, unida con otros Principes poderosos; lo que se hubiera verificado conforme al tratado firmado en la Haya á 11 de Octubre de 1698, si la muerte del príncipe de Baviera, que era el principal, en 6 de Febrero de 1699, no lo hubiera desconcertado. Felipe V. hizo asimismo un solemne sacrificio en la novedad que introduxo (Ley 4.ª, lib. 1.º, tit. 1.º, Novis. Recop.); cometió un absurdo indeleble en anular el derecho eventual de los hembras; porque derogó el suyo propio, que le sentó en el trono de las Españas: infringió y echó por tierra los solemnes tratados y capitulaciones para los matrimonios del Príncipe con la princesa Doña Isabel, y el de la Infanta de España con Luis XIII de Francia, otorgadas en Madrid á 22 de Agosto de 1612, y últimamente no guardó el decoro que se merecen las heroicas Reynas que han empuñado el cetro Español, en cuyo corto número se cuentan la virtuosa Doña Berenguela y la Católica Doña Isabel, cuya grande alma, y prudente Gobierno han respetado siempre las plumas extran-

geras más adustas, y han admirado con profundo reconocimiento los españoles de ambos mundos hasta nuestros Padres. Bien se puede asegurar, que este injusto trastorno de nuestra antigua constitucion, fué dictado por la intriga y por la fuerza contra la voluntad del que suena su autor. ¿Y con tales nulidades estarían obligados la Nacion y su nieto á sostener una Ley injusta, que ni pudieron ni debieron sancionar contra todo derecho? Es un principio legal, que el sucesor en el Reyno debe deshacer lo que su antecesor hizo contra razon y justicia; y esto es cabalmente lo que executó la Nacion en el año de 89, restituyendo á las hembras el derecho que las habían quitado con tanta inconexion é ignorancia.

No lo juzgó así el Observador: y para demostrar su opinion, sienta dos proposiciones contra el autor del Diálogo; pero, con su ventá, no puedo acceder á ninguna de ellas. La primera es: » que la razon de estado y la politica imperiosamente reprueban el Gobierno de las Hembras; y la segunda se dirige á reprobear los enlaces de España y Portugal con el fin de reunir ambos Reynos. (pág. 9.) En quanto á la primera, puede, si gusta, salir de su equivocacion, leyendo las vidas de las Reynas, que han gobernado esta Monarquía, pues aunque no todas han sido heroínas, hay algunas que lo fueron por sus exceelsas virtudes.

En quanto á la segunda comprendo, que si la España lograrse por medio de sus enlaces la reunion de Portugal nos sería muy ventajosa. Puede llevar la misma idea Portugal, y es muy regular que así fuese: pero en quererlo así ¿qué agrávio recibiríamos los Españoles? Lo cierto es, que desde los primeros Reyes Godos hasta D. Rodrigo, el año de 714, estuvieron unidos ambos Reynos, y sujetos á una misma dominacion, y jamas fueron molestados ni invadidos por otra extraña. Sostuvieron guerras formidables sus Reyes con los Emperadores del Occidente, y en las Galias: pero siempre fuera de su territorio.

Por inescrutables juicios de Dios fué la noble España invadida y ocupada en la mayor parte por los Arabes: la dividieron entre sí en pequeñas porciones, y en otros tantos Reyes que las disfrutasen. Se repartió su fuerza, y fué la causa esta division de su reconquista, aunque tan lenta y prolongada. Los gloriosos sucesores de Pelayo, y otros Proceres del Reyno, se declararon Gefes y Señores de los Pueblos

y provincias que recuperaban. Cada uno atendía mas á su engrandecimiento, que á la justa causa de la Religión y del Reyno; y de aquí nacieron las disensiones entre los Principes Católicos, y la apatía en ellos, hasta que, por medio de recíprocos enlaces y tratados, volvieron á reconcentrarse fuerzas suficientes, sino en uno solo, á lo ménos entre pocos, que consiguieron expelerlos. Tales acontecimientos son innegables; y si lo son; no acreditan que la reunion de España y Portugal la haría invencible por su feliz localidad? ¿Quién se atrevería á superar los sobervios Pirineos, ni á surcar los mares que nos circundan, conservando eterna paz con nuestros generosos aliados que los guardan? Esta es la verdadera razon de Estado, y la política que podemos y debemos oponer á la astuta codicia de Bonaparte y de todos sus secuaces semejantes en tiempos de tanta aflicción y calamidad; es muy pernicioso á nuestra libertad, tanto como favorable al discolito tirano, reproducir especies que fomenten la indiscreta aversión entre ambas Naciones, siendo todos españoles, y uno mismo el grande interes que debe reunirnos contra el enemigo comun ¡Infeliz España y desgraciadas Américas si semejantes invectivas toman de nuevo cuerpo en el corazon de las tres naciones! Si la justicia en su caso lo exigiese; porqué no lo había de permitir la Inglaterra, como V. niega, Sr. Observador, magistralmente? (Pág. 10.)

La Inglaterra habrá acaso opinado así hasta ahora, basta que V. lo asegure: pero segun los planes vastísimos del tirano, dirigidos á dividir los Reynos, á establecer pequeños gobiernos que no puedan incomodarle, á erigirse por Gefe de los muchos que forman la confederacion del Rhin; á engrandecer inmensamente su Imperio, á calzarse con el que pudiera incomodarle; no me persuado que la Gran Bretaña se opusiese (permitiendolo la Justicia) á la reunion de ambos Reynos limítrofes de la Francia. Creo por lo mismo, que los Españoles y Portugueses, que ven tan proxima la ruina de su libertad; que jamas olvidarán la desolacion que han sufrido de la Francia, y la necesidad de contenerla en lo sucesivo; deben de consentir en la mutua conveniencia, que les resultaría de esta union, y por consecuencia á su íntima aliada la Inglaterra. Como quiera que sea, me parece que en las actuales circunstancias hubiera hecho bien el Sr. Observador en omitir la siguiente cláusula que solo conduce á indisponer, y no á conciliar á ambas Naciones, segun necesitan.

» En la presente crisis política (dice) bien se puede asegurar, sin temor de equivocarse, que apenas se hallarán veinte Españoles, que quieran ser dominados por un extranjero; á no ser que fuera un Borbon; y aun quando quisieran que los dominara un extranjero, estoy firmemente persuadido á que no querrian á un Portugués» (Pág. 10.) Si tenemos jurado con tanto gusto al Señor D. Fernando VII, y no se trata del caso que se figura, ¿para que puede ser útil este arriesgado pronóstico?

Mucho menos oportunas me parecen las expresiones que usa el mismo contra Portugal, nuestra compañera y aliada en los desastres que sufrimos. La nueva Dinastía de Braganza (dice), ya no tiene ninguna influencia en el Mundo: no hay más que ver el actual estado de su gobierno para calcular lo que podría esperar España de la influencia Portuguesa. : : (*) El Portugal (prosigue) está casi en la nulidad política en Europa. : : No pensaron así nuestros mayores, y mucho menos nuestros Soberanos mas poderosos. La influencia de Portugal en Europa, y especialmente en nuestra España, podría demostrarse desde la edad mas remota, si lo permitiera la brevedad de estas apuntes, y no fuera una verdad tan patente. Es corto el territorio que ocupa en nuestra Península, y pero de sumo interés su union, aunque fuese temporal, en las actuales circunstancias. Las áncoras y dilatadas colonias que posee en la America, proximas á las nuestras, y la grande influencia que goza en todas ellas; ¿quién negará que pueden servir á España para mantener la tranquilidad en las suyas, y como lo ejecuta, por mas que con falsa temeridad digan lo contrario sus émulos? Hagase mas justicia al Principe del Brasil y á su Augusta Esposa; cuyas demostraciones y garantía en seguridad de nuestra Nacion no merecen el ultraje y desconfianza con que el severo Observador les ofende.

Toda Potencia tiene derecho á que se la trate con decoro, especialmente siendo aliada; y lo contrario es una falta de correspondencia, muy lisoagera á nuestros enemigos

(*) La sabia proclama de 12 de Abril de este año, publicada en Lisboa despues de la derrota del ejército enemigo, é inserta en nuestra Gaceta de 26 del mismo, prueba la energia de aquel gobierno y su zelosa actividad.

demasiado expertos en encender el fuego de la discordia. La moderacion entre los Príncipes de las augustas Casas de Sicilia y Portugal, de que habla el Observador, tampoco son oportunas. Unos y otros son dignos de nuestro respeto y estimacion, y à ninguno se le niega el derecho que les corresponda en su lugar y caso, como al principio se ha manifestado con la buena fé que nos es propia: cuya declaracion es sola la que hoy solicita nuestra Infanta por medio de su Ministro. La Nacion es libre en elegir la Regencia que mas convenga à su libertad, y así lo ha hecho sin agravio de alguno; y esta misma Nacion quando por nuestra desgracia se vea en la necesidad de tratar de la sucesion del Reyno, ó de sucesor no se apartará del órden de suceder segun sus leyes, apoyadas en una inmemorial costumbre, *sin variacion*.

Baxo de este supuesto la Junta Central se ha ceñido despues de un prolixo exámen à sola la declaracion, en su caso, de estos derechos eventuales en favor de la Infanta, y se la comunicó por medio de su Ministro en Sevilla, en 19 de Enero de 1810. La profunda consideracion que merece à S. A. R. el Augusto Congreso en las actuales Córtes, le han obligado à solicitar su respetable aprobacion; y de esta gestion, tan urbana como atenta, saca el Observador contra el autor del Diálogo la siguiente consecuencia: "Quizà tendrá por menos legales à las Córtes, que à la Junta Central, declaradora de sus derechos: ¡lo que puede en los hombres el deseo de tener razon!" (Nota 6, pág. 19) El lector juzgará si se infiere todo lo contrario, como yo creo.

Estraña finalmente el mismo Crítico, "¿como habiendose dicho en el Diálogo que la Nacion habia reconocido los derechos de la Infanta, diga despues su autor que es menester que las reconozca el Pueblo? Luego no debe ser una misma cosa el pueblo que la Nacion" (Nota 6, pág. 19)

Sí Señor, una misma cosa es la Nacion y el Pueblo; pero tienen dos diversas acepciones. Quando la Nacion es legítimamente representada segun sus leyes, y la diversidad de Gobierno, se llama Pueblo ó Nacion su representacion legitima. Por exemplo: el pueblo en Inglaterra es representado por Clero, Nobleza y Comunes; cuya representacion la tomó de España en el siglo 11, y hoy lo conserva con sumo aprecio; y este mismo pueblo ingles suele entenderse por la gente que se llama *menuda*, esto es, que no tiene propiedad,

ni es cabeza de casa, y otras de esta especie: lo que tambien distingue nuestra ley de partida, y lo explica Gregorio Lopez; y en este sentido el pueblo Ingles ó Español no es la Nacion Inglesa ni Española. No dude pues V. que el autor del Diálogo habló con propiedad, y como jurisconsulto.

Concluyamos, Sr. Observador. Yo formé en vista de sus Observaciones muy mal concepto del Diálogo, y mucho peor de su respetable autor. Mi Religion y mi honor me obligan imperiosamente en justicia á que me arrepienta y desdiga del errado juicio, con que ligeramente fuí sorprendido en fuerza de sus cláusulas de V. tan absolutas y terminantes. V. hará lo que le parezca, sino quiere imitarme; pero desde ahora digo á la faz de todo el mundo político, que el Autor del Diálogo no es alucinador de los crédulos, ignorante hipócrita, que toma el nombre de Dios para captarse la benevolencia: que no es miserable lógico: que sus recursos no son abominables, ni hijos de la intriga y superchería: y que quanto dice respecto del orden regular de suceder, es arreglado á nuestras leyes fundamentales, observadas por una inmemorial costumbre sin interrupción, mas antigua que la ley del Catolicismo en España, y á la qual nadie ha negado la apreciable cualidad de fundamental y primitiva. Tampoco dudo de las relevantes prendas, virtudes y disposicion de la amable Princesa del Brasil, nuestra Infanta, de su buena fe, y de la de su Esposo, y de que jamas faltará la mas fiel armonía entre ambas Naciones. En fin convengo con V. en los apreciables méritos del Principe heredero de Sicilia, en sus derechos para suceder en su caso, y en el ninguno que le asiste para la Regencia sin la voluntad de las Cortes. Es de V. con el mas cordial afecto

El Conciliador.

FE DE ERRATAS.

Pag.	lin.	dice.	léase.
7	11	agnacion..	cognacion
12	12	Salutarias.	Saluarias
13	20	hemrras.	hembras
16	25	á falta varones.	falta de varones
17	30	derechos.	derecho
id.	31	supuesto.	supuestos
18	18	finamieniento..	finamiento
id.	39	succetion.	sucesion
21	32	de los	de las
24	36	correspondencia..	correspondencia
25	2	moderacion..	comparacion
id.	3	son...	es
id.	4	oportunas..	oportuna
id.	22	las..	los

